

## EPÍSTOLA A MI AMIGO JORGE CARPIZO

Mi muy querido Jorge:

Es para mí un alto honor, así como un gran placer, escribirte estas líneas que acompañan a los trabajos de ilustres constitucionalistas latinoamericanos y europeos, con motivo de la publicación del libro *El status jurídico del juez constitucional en América Latina y Europa. Libro homenaje al doctor Jorge Carpizo a 20 años de su designación como ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación*, libro que tiene como objetivo homenajearte como servidor público y funcionario judicial en México, tu patria grande y la mía de adopción, donde ocupaste con gran celo y honestidad los más altos cargos públicos del país: secretario de Gobernación, presidente de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos y ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Sin embargo, como yo te acompañé desde hace casi cinco décadas, más que en tu papel de funcionario en tu labor como académico; esto es, como catedrático de la Facultad de Derecho e investigador y director del Instituto de Investigaciones Jurídicas, así como de rector de nuestra máxima casa de estudios, la Universidad Nacional Autónoma de México, tu casa grande y mi patria chica. Es a ello a lo que me referiré.

Aunque te conocí en tus años mozos, en una visita que hiciste al Seminario de Derecho Romano e Historia del Derecho de la Facultad, cuando preparabas tu tesis de licenciatura con el fin de elaborar el capítulo histórico, la “purísima” verdad es que nuestra amistad floreció años después, en la época en que tú, recién elegido director del Instituto, me invitaste a colaborar en él. ¡Cuántos y qué bonitos proyectos realicé en esa etapa de mi vida bajo tu dirección! ¿Te acuerdas, Jorge, de la exposición que me encargaste organizar en el Museo Universitario bajo el título de “El derecho en un museo”? Estábamos entonces en la Torre II de Humanidades, y te juro que trabajé mucho, con la pasión que tú nos inspirabas, y que lo disfruté intensamente. Cuando veo ahora en los pasillos del Instituto algunos de los cuadros que expusimos, todavía me emociono y recuerdo con gusto aquellos viejos tiempos.

A partir de entonces, nuestra amistad siguió creciendo, y llegó a su momento culminante cuando compartimos durante dos años una enriquece-

dora estancia en la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid. Tú, como profesor invitado del Doctorado en Derecho público, y yo, como profesora titular de Historia del derecho español de esa querida institución. Allí, no sólo compartimos las aulas, sino también “cortaos” y almuerzos en la cafetería de la Facultad. Y en Madrid, muchas actividades más: exquisitas cenas en tu casa en el barrio de Salamanca, preparadas por la sin par Mary Quintero, junto a buenos amigos y colegas, como Pepe Iturmendi, Pedro de Vega, Raúl Canosa, y sus respectivas esposas. También teatros, un “tablao” flamenco en el “Café de Chinitas”, así como paseos y buen cine en tu casa. Hasta vimos juntos en ella, por la televisión, el matrimonio de los príncipes de Asturias. ¿Te acuerdas, Jorge? La transmisión fue tan larga y pesada que estuvimos a punto de quedarnos dormidos. Asimismo, quiero dejar aquí constancia de que tú, Jorge, conociste la villa del Oso y el Madroño mejor que la mayoría de los madrileños. Y bien que se lo demostraste en aquella conferencia que diste, por esas fechas, en El Ateneo de Madrid.

Además, debo decirte que disfruté mucho aquellos viajes temáticos, ideados por ti, que compartimos por los caminos de las dos castillas: la nueva y la vieja. ¿Recuerdas? Recorrimos La Mancha siguiendo la ruta del Quijote. Visitamos castillos, palacios y monasterios en Burgos, León, Segovia, Ávila y Zamora, donde nos enseñaste aquellos maravillosos gobelinos. Y otros lugares más en compañía de Enrique y Fátima, anfitriones del grupo: “Explora lo desconocido” que tú descubriste. No me acuerdo bien de todos esos paseos, pero estoy segura de que tú sí, porque los llevabas apuntados concienzudamente en tu gastada guía Michelin.

Por lo antes dicho, por el cariño que te tengo como amigo; por el agradecimiento que te debo gracias al apoyo continuo que me has brindado, tanto en cuestiones profesionales como personales; por la admiración que has provocado en mí, tanto como funcionario público como académico en beneficio de México; porque eres hombre de causas, Jorge, y las enfrentas y defiendes, no sólo con inteligencia y sapiencia, sino también, y sobre todo, con pasión, por todo eso y mucho más, te escribo esta misiva, que espero exprese, aunque sea sólo un poquito, lo que siento por ti.

Te quiere, tu colega académica, y amiga de siempre y para siempre.

Beatriz BERNAL\*

\* Investigadora en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM.